CARTA A UN AMIGO SOBRE LA BIBLIA

Querido amigo:

Sabes que la Biblia es un conjunto de libros antiguos editados en un solo volumen. Como palabra de Dios escrita con palabras humanas, habla de la vida (que, a veces, te resulta tan complicada), del corazón humano (¡tan inexpugnable!), de Dios (¡alguien tan misterioso!).

Sus palabras son palabras de doble filo: consuelan y exigen; alimentan y provocan hambre; invitan a entrar en el propio corazón y empujan a entregarlo a los hermanos. Hacen que tu vida se expanda, como la cruz, hacia lo alto y hacia el horizonte. Si quieres dejarte tocar por esta extraña sabiduría, te ofrezco un itinerario utilizado desde muy antiguo: la lectio divina.

Cuando quieras sumergirte en la lectura orante, busca un lugar donde puedas estar con tu Padre Dios. Confía en que Él te atrae a sí para hablar a tu corazón y colmarte de bendiciones. No digas: “No tengo tiempo”, porque las horas de tu jornada están a tu servicio, y tú no eres esclavo del reloj. Invoca al Espíritu Santo, aguárdalo, sabiendo que es Él quien abre tu inteligencia para comprender, quien engendra en tu corazón al mismo Jesús.

Lee: Elige un texto y comienza a leer. Intenta comprender qué dice el texto. Sin prisas. No leas sólo con los ojos, procura imprimir el texto en tu corazón. Que tu lectura sea escucha.

Medita: Cuando empieces a comprender, rumia las palabras en tu corazón y aplícalas a tu situación, a tu vida. Pregúntate ¿qué me dice el texto? No pienses hallar lo que sabes: eso es presunción; no lo que más necesitas: eso es consumismo; ni lo que te gustaría encontrar: puedes caer en la subjetividad.

Déjate atraer por la Palabra. Asómbrate de que la Palabra quede depositada en tu corazón. Acoge al mismo Dios que se te entrega. Celebra en tu interior su amor más fuerte que la muerte, más poderoso que el pecado.

Ora: Habla al Dios que te besa a través de su Palabra. Confiado y sin temor, lejos de toda mirada sobre ti mismo. Da gracias, intercede por

los hermanos, por las situaciones que el texto te haya traído a la memoria. Da curso libre a tus capacidades creativas de sensibilidad en la oración.

Contempla: Tu silencio y el silencio de Dios se unen en una soledad acompañada, rebosante de vida. Permanece. Déjate abrasar como la zarza ardiente que arde sin consumirse. Acepta ser engendrado de nuevo para llegar a ser hijo de Dios.

Ama: Conserva lo que has visto, oído y saboreado en la lectio divina. Que repose en tu corazón y en tu memoria mientras acompañas a hombres, mujeres y niños. Ponte en medio de ellos y deja que rebose de tu interior la paz y la bendición que has recibido. Actúa con ellos para volver a reencarnar en la historia a Jesucristo, la Palabra hecha carne.

Dios te necesita para construir en el mundo “unos cielos nuevos y una tierra nueva”. Vuelve a leer la Biblia desde la vida y para la vida. No te asusten las dificultades. Has de saber que te aguarda un día en el que, viendo a Dios cara a cara, Él mismo te revelará que has sido Biblia viviente, lectio divina para tus hermanos.

Que Dios te bendiga